Si te dicen que caí...
(Notas en torno a una manipulación informativa)

La sangre bajaba por el monte y los ángeles la buscaban,
pero los cálices eran de viento y al fin llenaban los zapatos.
Cojos perros fumaban sus pipas y un olor de cuero caliente
ponía grises los labios redondos de los que vomitaban en las esquinas.
Y llegaban largos alaridos por el Sur de la noche seca.

Y fue, en efecto, una noche seca del Sur, en Granada, cerca de la Fuente Grande, *Ainamadar* de los árabes («Fuente de las lágrimas»), hacia el amanecer, cuando Federico García Lorca, previamente arrancado de la entrañable casa amiga de los Rosales, y otros tres compañeros de infortunio, a quienes la diligencia de Ian Gibson ha identificdo en las personas de Galindo González, Arcollas Cabezas y Galadí Mergal, un maestro nacional y dos banderilleros [1], diluyeron para siempre sus voces en la del viento.

Corrieron las horas, y ese mismo día, el 19 de agosto, *El Correo de Andalucía,* cuyas páginas estaban al incondicional servicio del general Queipo de Llano, dio en proclamar espectaculares asesinatos inexistentes en *zona roja:* los hermanos Quintero, Benavente, Zuloaga, Muñoz Seca y... «hasta el pobre Zamora», el legendario portero de fútbol. Pero de momento ni la menor referencia al crimen de Lorca. Así pues, silenciosas sordinas y ruidosos bulos. ¿Se trató de una casualidad? Parece legítimo sospechar lo contrario: consumado maestro en el arte de la propaganda, todo apunta a que Queipo y el aparato de prensa nacionalsindicalista intentaban crear un ambiente de confusión que más adelante, al revelarse los hechos, amortiguase el escándalo. Desacreditando a los *rojos* pretendía, por un lado, restar credibilidad a sus posteriores denuncias y, por otro, ir preparando el terreno para añadir a su lista de muertos imaginarios un nombre más: el de Federico García Lorca.

Y por si aún fuese poco, la maniobra, lejos de salirles mal, consiguió el efecto añadido de cargar matices y cautelas a la prensa republicana, la cual, huyendo de la imagen que con sus infundios estaban dando los periódicos de la otra zona, trasmitió la noticia, las primeras confusas informaciones, rodeándola de salvedades, esto es, poniendo reparos a la denuncia. Al natural sentimiento de incredulidad, porque siempre es mejor autoengañarse alimentando esperanzas, vino a sumarse el sentido de la profesionalidad, y de ahí, insisto, la radical prudencia de la prensa republicana: «¿Ha sido asesinado García Lorca?», se preguntaba, que no afirmaba, el 30 de agosto, o sea, al cabo de once días, *El Diario de Albacete,* cuyo corresponsal en Guadix empezaría a romper el ingenuo ensueño en que vivían los muchos amigos de Lorca.

Rumores procedentes del frente cordobés, que no han sido hasta la fecha desmentidos, apuntaba con matizada desesperanza, revelan el posible fusilamiento del gran poeta Federico García Lorca...

Rumores, pero al fin y al cabo rumores (rumores, ciertamente, sin desmentir; rumores, también, sin confirmar), que aludían a un posible fusilamiento, mas nada estaba claro: «parece ser que se hallaba preso en Córdoba, y que en una de las últimas *razzias*, de las que acostumbran los facciosos a realizar tras haber sufrido algún descalabro, ha caído el gran

[1] *Ian Gibson,* El asesinato de Federico García Lorca, *Bruguera, Barcelona, 1981, p. 256.*

poeta, que es una de las figuras más sobresalientes de nuestra literatura contemporánea». La rotuntidad del «ha caído» quedaba puesta en entredicho por el «parece» y por la tal vez inconsciente, aunque desde luego muy significativa utilización del presente de indicativo, en lugar del pretérito, para ponderar la talla literaria de Lorca. Decididamente, el anónimo corresponal de *El Diario de Albacete* no quería dar crédito a la terrible noticia.

Y, sin embargo, cualquier lector mínimamente atento de la prensa de los rebeldes hubiese tenido motivos sobrados para empezar a estar persuadido de que la suerte fatal del poeta estaba decidida, cuando no consumada, desde hacía tiempo. El 19 de agosto, ¡otra vez el 19 de agosto!, Jorge Vigón insertó un artículo repleto de profunda doctrina en las ortodoxísimas páginas de *El Diario de Burgos*: «Solidaridad *intelectual*», consagrado en su primera parte a caracterizar, tópico a tópico, al «grupo selecto» de intelectuales liberales que, desde la óptica de los sublevados, encarnaría a los deletéreos valores de la anti-España: admiradores de Ortega y Gasset («admiración», pretendía ironizar, «hasta tal punto desinteresada que en el 95% de los casos no había exigido la lectura sostenida de una sola página del veleidoso filósofo»), religiosos, aunque no creyentes, lo cual se concretaba «en que habían librado a sus espíritus preclaros de las amarras de la iglesia», y por fin, en calidad de rasgo particularmente distintivo, aglutinados por «una enternecedora unanimidad (por), ciertas ideas inefables acerca del homosexualismo». A continuación venía la descarga explícita:

> Cuando estas virtudes se alquitaraban cuidadosamente, seguía Vigón, en la Institución Libre de Enseñanza, en el Ateneo de Madrid y en las redacciones de ciertos periódicos, entonces se producía este tipo seleccionado que firmaba las convocatorias para los banquetes a García Lorca, los manifiestos de *Amigos de la Unión Soviética* y las protestas de amor a los abisinios.

A la diatriba ni siquiera le faltaba el nombre, puesto además en solitario para desvanecer cualquier contacto de duda: admirador de Ortega y Gasset, «anticatólico», según el cliché acuñado por los críticos teatrales derechistas a raíz del estreno de *Yerma* (29 de diciembre de 1934), convicto y confeso de «ciertas ideas inefables acerca del homosexualismo», Federico García Lorca, integrante del Comité Internacional de los *Amigos de la Unión Soviética* y firmante (con Fernando de Los Ríos y Antonio Machado, entre otros) del manifiesto en solidaridad con los pueblos abisinios, agredidos por las tropas coloniales de Mussolini, tenía inapelablemente marcado el crepúsculo. Y, vuelvo a subrayarlo, el artículo de Jorge Vigón, para ser exactos: su requisitoria apareció en *El Diario de Burgos* el 19 de agosto. Sí, precisamente, y sospecho que de manera nada casual, el 19 de agosto: el mismo día, el mismísimo día, en que *El Correo de Andalucía*, ejerciendo de eco de la charla nocturna del todopoderoso Queipo, salió cargado de muertos imaginarios en la España leal: los hermanos Quintero, Benavente, Zuloaga, Muñoz Seca y «hasta el pobre Zamora». Por aquella madrugada, en el barranco de Viznar, cerca de la Fuente Grande, *había caído* García Lorca. Quizá fuesen meras coincidencias, pero en tal supuesto sería preciso reconocer que la realidad se esforzó demasiado por suscitar la impresión opuesta, porque con escaso margen de horas se sucedieran el asesinato y la pública difusión del desabrido alegato de Jorge Vigón, destinado a minimizar el valor ético de la víctima para hacer así —en el peor de los casos— más benigno el crimen o disculpable el error, mientras al mismo tiempo, desde su coto privado, el *virrey de Andalucía* sembraba la confusión.

Entre tanto, la prensa republicana, fiel reflejo de su opinión pública, continuó aferrada a la duda, sinónimo en la ocasión de esperanza. No podían ni querían aceptarlo: «Se dice que García Lorca ha sido asesinado en Córdoba», musitaba más que otra cosa el día 31 *Informaciones;* «¿Han asesinado a García Lorca?», se preguntaba *ABC;* «Una noticia increíble», titulaba *La Voz;* «¿Pero será posible?», inquiría *El Liberal*, lanzando su estupor a los cuatro vientos.

El ocho de septiembre todo comenzó a estar más turbio. L. Gil Belmonte, redactor de *El Heraldo de Madrid* a la sazón desplazado al frente de Guadix, había tenido ocasión de entrevistarse con un militante socialista recién enviado de Granada. Su testimonio, avalado por personas de solvencia, resultaba desoladoramente rotundo:

«No deje de decir», insistiría a Gil Belmonte, «que Federico García Lorca, el gran poeta español, que se hallaba en Granada veraneando con su familia en la finca de los Callejones de Gracia, ha sido asesinado vilmente...»

En contacto directo con García Lorca, aquel hombre poseía sin duda información de primera mano («un día antes de ser detenido y llevado a la cárcel, nos estuvo leyendo una carta...»), pese a lo cual, ¡hasta tal punto dolía la realidad!, en la redacción de *El Heraldo,* negándose a admitirla, apuntaron «la feliz casualidad de que Federico García Lorca hubiese podido escapar a los facciosos y se halle todavía a salvo». «En este deseo ferviente está nuestra esperanza», concluían.

Sea como fuera, poco a poco se iban desmoronando con lenta tristeza los optimismos. Y así andaba la situación, plena de zozobras, cuando el aparato de propaganda nacional-sindicalista vino a encontrarse con el inesperado concurso de un aliado involuntario: Ezequiel Endériz, cualificada firma de *Solidaridad Obrera:*

«Hay demasiadas prisas en la prensa en dar por muertos a ciertos escritores», comenzaba Endériz su artículo correspondiente al once de septiembre, elocuentemente titulado «Hay que identificar los cadáveres ilustres», con la última palabra escrita en cursiva para subrayar su despectiva utilización. «En la prensa nuestra y en la prensa de *ellos*», continuaba. «Mientras ellos dicen que nosotros hemos fusilado a los hermanos Quintero, a Benavente, a Fernández Flores y otros conocidos literatos, nosotros afirmamos que han caído frente a los cuadros de fusilamiento facciosos Alejandro Casona y García Lorca».

Mal había empezado su artículo Endériz, pero en la continuación lograría empeorarlo. Difícilmente, creo yo, cabría suponer frases menos generosas o con mayor carga de inexplicable rencor que las siguientes:

La verdad es que todos esos *ilustres* son unos grandísimos reclamistas y que si nadie puede demostrar la autenticidad del hecho trágico no debemos hablar más de ellos. Los conozco bien a los interesados. Y los creo muy capaces de estar presumiendo de fusilados con tal de que sus nombres no dejen de aparecer en los periódicos.

La coquetería de hacerse pasar por fusilados en una conmoción como la nuestra tiene una envergadura literaria muy a tono con el temperamento de algunos de los que a estas horas está pasando por muertos...

Endériz, al estilo de Vigón, aludía sin titubeos, y para que no quedase la menor duda, siguiendo también en esto la pauta del comentarista rebelde, añadió el nombre del poeta aprovechando de paso la ocasión para agregar renovadas vilezas a su escrito:

No; a los intelectuales no los fusila nadie, porque maldita falta que hace a nadie que se los fusile. Están fusilados ya en España desde que nacen. Porque un fusilamiento es aquel que no tiene vida y los intelectuales aquí no han vivido jamás. Un García Lorca, que además de gran poeta es gran millonario, sí, puede vivir. Por eso no nos avenimos a creer que García Lorca haya sido fusilado...

Para el periodista de *Solidaridad Obrera* equivalían, por lo visto, a puras aguas de borraja las muchas y muy importantes experiencias de extensión cultural desarrolladas durante los cortos años de la República merced a los desinteresados esfuerzos de los intelectuales cuya sentencia argumentaba Jorge Vigón, mientras él, una vez ejecutada ésta, se dedicaba a motejar despectivamente de ilustres. Endériz ni siquiera ahorró a sus lectores la supuesta broma de referirse al poeta, pretendiendo masificarle, por su primer apellido: «La comandancia civil de Granada habrá visto en este García el gran terrateniente y no al gran poeta...» «Creed-

me a mí», galleaba desde el último párrafo, «seamos prudentes e identifiquemos los cadáveres ilustres antes de darles tierra desde los periódicos... Con ello ganamos tiempo para otras cosas de mayor urgencia en estas horas de auténtico dolor...» *En estas horas de auténtico dolor.* Bergamín, muchos años después, me diría que necesitó releer varias veces esta frase para convencerse de que estaba allí, en *Solidaridad Obrera:* día once de septiembre, página dos, sección «La máscara y el rostro». Hay, por cierto, un aforismo de Bergamín ecuánimamente aplicabe a Endériz:

De una contradicción se sale ganancioso. De una contradicción se sale contrahecho.

Y fue en este caso *La Batalla,* órgano del POUM, quien se encargó de poner los puntos sobre las íes:

Los amargados y rencorosos pueden vomitar su bilis en las peñas de café, reunidos con gentes de su mismo jaez; pero nada tienen que hacer en las columnas de la prensa obrera. En las circunstancias actuales en que los generalotes y los elementos fascistas, sabiendo muy bien quiénes se han distinguido siempre por su fervor hacia la clase trabajadora les fusilan y martirizan, no puede, en manera alguna, admitirse que cualquier Endériz aproveche la ocasión para ofender calumniosamente su memoria [2].

Se rompe el silencio

(La primera vez
no te conocí.
La segunda, sí.)
Canciones

Controlada inicialmente la noticia, dejando crecer por sus propios pasos demorados primero la duda y luego la certidumbre adversa en el ánimo de los republicanos, y atenuado en el exterior el efecto del crimen mediante la creación de una enmarañada sucesión de bulos, los hábiles dirigentes de la propaganda nacionalsindicalista debieron considerar llegado el momento propicio para atribuir el asesinato a los amigos del muerto, autoasignándose a la vez el papel de atribulados espectadores perplejos.

Tras un apunte bastante osado a cargo de *Odiel* de Huelva (el cadáver del poeta, correligionario de Azaña en «sexualidad vacilante», figuraría «entre los que a todas horas y todos los días aparecen en las calles madrileñas») [3], marcarían la señal, el 18 de septiembre, respectivamente desde la capital doctrinal de la Nueva España y la fanática retaguardia de San Sebastián, *El Diario de Burgos* y *Unidad,* de inmediato secundados desde el Sur por dos periódicos onubenses, *El Diario de Huelva* y *La Provincia,* los cuatro con textos coincidentes en el fondo aunque curiosamente diferenciados en lo anecdótico. Incluso cabría distinguir dos corpus básicos: vasco-castellano y andaluz. Los dos primeros localizaban el asesinato en Madrid y, para conferir visos de certidumbre a la patraña, decían procedente de París (recogida por radio) la información. He aquí el texto del diario burgalés:

García Lorca ha sido fusilado

París.— Se sabe que el poeta García Lorca ha sido fusilado en Madrid por elementos marxistas.

En los centros literarios franceses la noticia ha causado impresión, puesto que eran conocidas sus ideas izquierdistas.

[2] *«A propósito de una ofensa a la memoria de García Lorca» en* La Batalla, *«Organo central del partido obrero de unificación marxista», Barcelona, 12 de septiembre de 1936, p. 6.*

[3] *«Ya se matan entre ellos. ¿Ha sido asesinado Federico García Lorca?», en* Odiel, *Huelva, 10 de septiembre 1936, p. 1.*

En cuanto a *Unidad,* con otras palabras decía lo mismo:

Los marxistas han asesinado a García Lorca

París.— Se ha recibido un despacho dando cuenta de que los elementos rojos han asesinado en Madrid al poeta García Lorca.

La noticia ha causado impresión porque García Lorca era conocido por sus ideas avanzadas.

Significativamente, y procede subrayarlo, ambas publicaciones, al igual que poco antes Jorge Vigón, reconocían a García Lorca unas «ideas izquierdistas» o «avanzadas» después negadas con énfasis por los franquistas, por interés aferrados al tópico del frívolo apoliticismo de su víctima, única coartada posible para justificar su posterior versión del error. En fin, la información, en su conjunto, disfruta de un carácter casi surrealista que refleja con fidedignidad el tono de aquellos periódicos, porque en sus páginas era posible que apareciesen sueltos comunicando desde Berlín, a traves de Tetuán, noticias referentes a los movimientos de las *tropas nacionales,* o vía Tenerife, escuetas primicias sobre proclamaciones cantonales en Cartagena. Y no son exageraciones:

Los preparativos para el cerco de Madrid, terminados

Tetuán.—Comunican de Berlín que han terminado los preparativos para el cerco de Madrid por las tropas nacionales.

Ayer, un aeroplano rojo bombardeó por equivocación algunas concentraciones propias, a las que causó bastantes bajas.

Muchas señoritas madrileñas de familias distinguidas han sido enviadas a la línea de fuego.

Otro cantón independiente

Tenerife.—Cartagena se ha constituido en cantón independiente [4].

En cuanto a los diarios onubenses se refiere, la *idéntica* imaginación de sus redactores, o la de quienes tuviesen a bien dictarles el suelto, jugueteó con el escenario, trasladado a la capital condal, y añadió la participación de un honrado comerciante, en cuya casa encontraría Lorca seguro refugio hasta que se cruzó en su camino la fatalidad de una denuncia, seguramente a cargo de algún plebeyo. La invención del comerciantes dispensador de seguridad revela de alguna manera la mentalidad del autor del infundio, el cual, íntegro, rezaba así:

En Barcelona ha sido fusilado el poeta Federico García Lorca

Barcelona.—Hoy se ha sabido que el conocido poeta Federico García Lorca fue asesinado por varios extremistas el día 16 de agosto. Debido a una denuncia, se le encontró en la residencia de un comerciante, donde se hallaba escondido desde los primeros días de la revolución.

E interín, sin conceder tregua, la mano del escribiente siguió corriendo: de Lorca pasó al general Castro, fusilado en Tarragona, recalando luego en cinco oficiales, ejecutados a mano de los rojos por «simples sospechas». Sin concederse tregua, la mano del escribiente siguió corriendo: los generales Sandino y Villalba se habían reunido, ocupándose en revisar los planos (sic) de la guerra; en el puerto de Barcelona anclaban diversos buques italianos, noticia por completo inverosímil: tres cruceros acorazados, un contratorpedero, un navío cisterna y varias embarcaciones «de gran eficiencia militar». La mezcolanza devenía absurda. ¿Qué relación existía entre los generales y Lorca o entre éste y la flota de Mussolini? Evidentemente se trataba de minimizar el asesinato de Granada diluyéndolo en la siniestra normalidad de la guerra: muertos, barcos, planificaciones; señoritas de familias distinguidas movilizadas a la fuerza, bombardeos equivocados, muertos. Controlada la noticia durante los primeros días, en esta segunda fase el aparato de propaganda nacionalsindicalista parecía haberse

[4] El Diario de Burgos, *10 de octubre de 1936, última página.*

fijado el doble objetivo de incrementar el clima de confusión y, por si acaso, restar importancia al suceso. A tales objetivos se atendría su campaña de bulos [5].

Entre los republicanos, sus más allegados amigos se obstinaban en permanecer agarrados al clavo ardiendo del refugio milagroso, pero más que creer en él, sucedía que rechazaban la idea de la muerte, que vitalmente no lograban asumirla. Alberti, en una fecha tan tardía como la del 18 de septiembre;Rivas Cherif, el 21, y Bergamín, nada menos que el 28, por sólo citar tres representativos ejemplos, no cesaban de repetirlo. Pero eran las suyas palabras que únicamente expresaban deseos: «en cuya muerte no queremos ni podemos creer» [6], «pese a cuanto se ha venido diciendo estos días, tiene la impresión de que no ha muerto» [7], «no puedo creer en su muerte» [8]. Sin embargo, la verdad estaba ahí, de pie, y cada vez eran menos quienes se atrevían a negarla. Se sucedieron entonces los comunicados de protesta. Unos comunicados de protesta en su mayor parte escritos desde ese indisimulable sentimiento de amargura que produce el hecho de tener que reconocer como cierto algo que en el fondo ya se sabía. Algunos proponían medidas, como el del Sindicato de Autores y Compositores de España de la UGT, firmado por Joaquín Dicenta y B. Bertrán Reyna, concretado en tres puntos:

1.º Solicitar del Ayuntamiento de Madrid que dé a una calle de la capital de la República el nombre de Federico García Lorca.

2.º Poner dicho nombre al teatro que se llamó Fontalba, en el que Lorca estrenó *Mariana Pineda*.

3.º Crear desde este Sindicato con toda premura la milicia Lorca para unirla, a ser posible, a las que vayan a la toma de Granada, recabando nuestro derecho a recoger el cuerpo del poeta para rendirle los honores a que es acreedora su memoria [9].

El final definitivo de las esperanzas llegó cuando H. G. Wells, presidente del Pen Club de Londres, interesado ante las autoridades militares de Granada por el paradero del poeta, recibió esta tajante respuesta:

Coronel gobernador de Granada a H.G. Wells: Ignoro lugar hállase. D. Federico García Lorca. Firmado: coronel Espinosa [10].

«La respuesta, por su grosera parquedad, fue la más delatora de lo cierto, no dejándonos ya ni un resquicicio para la duda», escribió Alberti [11].

[5] *Durante la guerra, y en especial a lo largo de los meses iniciales, la prensa de uno y otro lado abundó en noticias de carácter pintoresco, producto tanto de la zozobra como de los deseos y la falta de información, terreno abonado para toda suerte de bulos. Y en este sentido (en el de los bulos anecdóticos, que no en el de las campañas organizadas) no resisto la tentación de trascribir el* sensacional rumor *difundido por* La Libertad *(Madrid) el 1 de octubre de 1936. Quizá sea el más estupendo de toda la guerra:*

¿Ha sido asesinado el traidor ex general Franco? En Tánger se dice que lo mató un oficial de la Guardia Civil. Tánger, 30.— Se acentúan los rumores que circulan hace días acerca del fallecimiento del ex general rebelde Franco, en casa de un doctor falangista establecido en esta ciudad. — Dícese que Franco ordenó equivocadamente administrar una fuerte dosis de ricino a la esposa de un teniente de la Guardia Civil, de Tetuán. Esta señora abortó y falleció. — El teniente de la Guardia Civil buscó a Franco y le hizo varios disparos de pistola. — Se añade que el ex general fue trasladado inmediatamente a Tánger para operarle y que falleció poco después de la intervención quirúrgica. — El rumor agrega que el cadáver fue embalsamado y trasladado después a Tetuán. — Los fascistas desmienten el rumor, pero se les ve profundamente apenados.

[6] *Entrevista con Rafael Alberti,* ABC, *Madrid, 18 de septiembre de 1936, p. 14.*

[7] *«Rivas Cherif tiene la impresión de que no ha muerto García Lorca», en* Heraldo de Madrid, *21 de septiembre de 1936, p. 5.*

[8] Heraldo de Madrid, *28 de septiembre, p. 5.*

[9] *«La protesta de los autores por el asesinato de García Lorca».* El Liberal, *Madrid, 12 de septiembre de 1936, p. 6.*

[10] *«Después del crimen. Wells pregunta por García Lorca...», en* La Libertad, *Madrid, 14 de octubre de 1936, p. 1.*

[11] *Rafael Alberti,* Imagen primera de..., *Turner, Madrid, 1975, p. 31.*

«... Fusilado en Madrid por elementos marxistas», «han sido los rojos», «se matan entre ellos», «fusilado con los obreros«: persistente en su campaña, impertérrito el ademán, mediante breves, lacónicos, cínicos sueltos con sabor a «orden del día», como queriendo minimizar el suceso, insistía, hoy aquí, mañana allí, el aparato de prensa de la Nueva España. Insistía, insistía; poco a poco, suave, tenazmente.

El círculo de hierro

Yo quiero que el agua se quede sin cauce.
Yo quiero que el viento se quede sin valles.
Divân del Tamarit

Vigón, en el artículo más arriba glosado, no expresaba una opinión personal, o mejor aún, no sólo expresaba una opinión personal, porque su diatriba, sometida a la voz impuesta por las circunstancias y asimismo plegada a su tono, en realidad resultaba un simple fragmento de eso texto mucho más largo, inacabable e impersonal, día a día, publicado —repetido— desde los periódicos y los discursos de los funcionarios intelectuales del nacional-sindicalismo en armas. Y esa fue la voz que el 19 de agosto, cristalizando en Jorge Vigon, inició la complementaria tarea, recién consumado el asesinato, de minimizar el crimen al criminalizar a la víctima. Pero hubo más.

Y hubo más porque desde Falange se propiciaron dos equívocos absolutamente falsos: el de la supuesta simpatía falangista de Lorca y el de que su muerte, obra de incontrolados durante los primeros tiempos confusos de la revolución, ocurrió ya al margen, sino incluso en contra de los elementos decisivos de la sublevación del 18 de julio, el Ejército y la Falange, cuestión que resiste el menor análisis porque media la nada fútil circunstancia de que la vida —o sea, la muerte— del poeta dependió de personas acogidas a esa doble condición. Desindividualizando su voz, Luis Hurtado Alvares pondría en circulación ambas especies. Su artículo, «A la España imperial le han asesinado su mejor poeta», publicado el 11 de marzo de 1936 por *Unidad* (San Sebastián), y reproducido enseguida por numerosos periódicos, resume de manera cabal tanto los objetivos como la explicación decidida, deseada y durante bastante tiempo impuesta (para ser exacto: hasta que los minuciosos estudios de Ian Gibson acabaron con ella) por las instancias oficiales. De ahí la consideración que merece:

Yo afirmo, solemnemente, por mi amistad de entonces, por mi sangre derramada en la más activa intemperie de un campo de batalla, que ni la Falange Española ni el Ejército de España tomaron parte en tu muerte. La Falange perdona siempre, y olvida. Tú hubieras sido su mejor poeta; porque tus sentimientos eran los de la Falange. Querías Patria, Pan y Justicia, para todos. Quien se atreva a negarlo miente; su negación es el testimonio más exacto de que jamás quiso saber de ti.

Habló Dionisio Ridruejo, acuñando una expresión de singular acierto, de «esta embriaguez del estilo» para caracterizar el exaltado modo liricoide de ciertas demasías literarias propias de aquellos tiempos. Pues bien, es decir, pues mal, el artículo de Luis Hurtado Alvarez entra de lleno en la categoría de lo «estilísticamente embriagado». Comprobémoslo:

El crimen fue en Granada; sin luz que iluminara ese cielo andaluz que ya posees. Los cien mil violines de la envidia se llevaron tu vida para siempre. Tu cuerpo gigantesco se derrumbó, medroso ante el golpe brutal de adormidera de cuchillos de tus enemigos... Tu cuerpo gigantesco, faraónico se batió con la inercia en dos mitades y caíste a los pies de tu asesino, tal una isla evidente de poesía. Eras poeta; vivías en tu mundo. Amabas a los hombres, a los pájaros, las naranjas de sal y los corales... Tenías que morir o claudicar tu luz; volver a tus dominios de bandera y estímulo, o entregar tu mirada y tu corcel poético a los verdugos de la poesía, y odiaban a muerte tu frente cuajada de luceros.

Tenías que morir... Eras poeta...

Pero la elegía confundida de Hurtado Alvarez no se limitaba a caracoleos ornamentales. Su fin último apuntaba lejos; muy alto. Tan alto, tan alto, tan alto que, con el tiempo y desde una perspectiva ideológica, vino a repetir el adverso suceso del estrellero de la fábula medieval, el cual, embebecido en la contemplación del cielo, en mitad de una noche clara rindió los dientes al fondo de un hoyo. Pero es que *la voz de la Falange* apuntaba lejos; muy alto:

«Y, sin embargo», clamaba Hurtado, «no puedo resignarme a creer que has muerto; tú no puedes morir. La Falange te espera; su bienvenida es bíblica: Camarada, tu fe te ha salvado. Nadie como tú para sintonizar con la doctrina poética y religiosa de la Falange, para glosar sus puntos, sus aspiraciones.

A la España Imperial le han asesinado su mejor poeta. Falange Española con el brazo en alto, rinde homenaje a tu recuerdo lanzado a los cuatro vientos su PRESENTE más potente».

Al final, por remate, el escritor imperial llamaba a Lorca «apóstol de la luz y de la risa», le decía que «Andalucía y Grecia te recuerdan», y en punto y aparte, entre las rituales exclamaciones, agregaba el obligado colofón de rigor (mortis) de la época: arriba España, pero con mayúsculas. La maniobra de propaganda esta completada; cerrado el círculo. Y todavía en 1978, como ha recordado Ian Gibson, en el periódico *Patria* de Granada era posible leer: «Un grupo de *incontrolados* da muerte al escritor, poeta y autor dramático, Federico García Lorca» [12]: ¿La fuerza de la costumbre o la costumbre a la fuerza?

Gonzalo Santonja

[12] *Ian Gibson, obra cit., p. 323.*